



- "Aquí estoy como un pobre diablo...; mejor, como un diablo pobre."
- La esposa y un hijo muertos. Otro, suicidado.
- "Los premios jamás me interesaron. No soy como otro señor..."

por Patricio Orozco,
servicio especial
de INTER PRESS SERVICE

Llegué a perderme en los laberintos amarillentos del Hospital "José Joaquín Aguirre", dependiente de la Universidad de Chile. Mientras me acercaba a sus tristes pabellones agitados por el viento de la reforma universitaria, atravesando las calles grises y descascaradas del barrio popular de Santiago en que se yergue, mi duda volvía una y otra vez a perforarme el cerebro. Debía entrevistarse al poeta anciano y con las entrañas malheridas, y no estaba seguro de encontrarlo vivo.

Y si aún respiraba no tenía la menor certidumbre de poder hablar con él de él. Debía recordar al legendario y terrible Pablo de Rokha, a los 74 años de su edad, en el hecho nada propicio de un hospital. Y no podía quitarme una culpa secreta que me seguía como una sombra acusadora.

"COMPANERO"

Luego de interminables vericuetos, entre ayes, rostros patéticos o gravemente marcados por el destino, enfermeras conduciendo hombres como a niños que deben responder a caminar, médicos aparentemente endurecidos ante todas las formas del horror cotidiano, recipientes de vahos insoportables, vendajes, macas, paldores de funerales valederos, en fin, luego de recorrer la planta baja de un inmenso hospital, logré dar con el ascensor. Conmigo subieron una casulla con un yacente y sus familiares con expresiones acongojadas sobre sus ropas de pobres. Quinto piso, bloque A.

Salgo a otro pasillo donde el cuadro no es más alegre. Pasa 305. Con el respaldo de lecho mecánicamente levantado, los ojos perdidos en el aire gris de la habitación, el poeta parece mirar el dolor de toda su vida como por última vez. No sé de donde saco ánimo para acercarme.

Durante un minuto o un siglo sus manos finas, cubiertas de largas dedos imprecisos, buscan y manobran torpemente con los anteojos, hasta que finalmente cabalgan sin peligro sobre su rotunda nariz, extremadamente afilada en esta tarde de un azul desvaído y melancólico, como para no romper el estilo de esta entrevista. Luego de otros segundos semejantes a la eternidad en que sus ojos tratan de descifrar, una irrupción de júbilo le colorea sorprendentemente las mejillas y hace más o menos audible el hilo delgado de su voz:

—(Compañero: —exclama abriendo unos pocos grados sus brazos alambriados y convulsos. La antigua y céntrica lava ha variado a irrumpir del volcán que parecía apagado: Pablo de Rokha me ha reconocido. No sé qué premio de elegancia hace mover nuevamente sus manos, en busca esta vez de la dentadura postiza.

—Estoy mal, compañero... —dice, lo cual suena en la habitación como una penosa redundancia que posterga mi cuestionario profesional, que me hace sentir más criminal. Saco unas frases de una silla y me siento a su lado, a la vera del viejo lecho, que paulatinamente va levantando el volumen de su rugido, hasta llegar casi a su registro habitual.

—Aquí me ve, compañero, tembido como un pobre diablo... —Algo me lo conforma en su frase—. No como un pobre diablo, mejor sería decir como un diablo pobre... —Comenzaron nuevamente las jugarretas contra el destino, pienso yo, el atribulado cronista que aún no se atreve a hablar. Aquí está, redivivo, el antiguo poeta que en otra oportunidad, más sabiduría fúlica, me decía: "Soy un hombre pobre, no un pobre hombre".

—Hace ya treinta y siete días —continúa— que estoy en esta cama... Así como usted me ve, compañero.

Compañero es el eslogan máximo entre los ap-

lativos que el poeta puede brindar cuando se siente en amistad.

—Y no tengo más remedio —prosigue— que acompañarme con esta basura (manotea un matutino de izquierda), esta otra basura (señala un tabulador matutino pensionalístico), esta superbasura (hace atrair un matutino "serio") y esta otra cosa que también es una basura (y dobla un vespertino de izquierda). Ya no se puede leer ningún periódico, compañero, son horribles, tremendamente horribles... —exclama con su antiguo tono estentóreo de orador sin micrófono.

"LA SEQUIA"

En la misma habitación hay otro paciente. Un obrero moreno y aludido, de unos cuarenta años, con el rostro desmenujado, luego de la extirpación de un riñón. Al parecer, está agabullado y abito por el vorarón frenante del poeta, que suele pronunciar cosas e imágenes extrañas, que no siempre entiendo. Por la ventana se escucha el atardecer grisáceo. El poeta advierte:

—No mire esas nubes. Son traidoras como... —anuncia una organización política popular. Esas nubes se cubren prometedidamente, pero nunca llueve. Esta sequía va para largo.

Habla el hombre cargado de inviernos como feto, que lleva anudados en su cuello los vientos cordilleranos alivendados en su infancia de hijo de guardador de fronteras andinas, el poeta que a los doce años, solo y a caballo por los Andes, descargaba su rifle sobre los pájaros y las estrellas de las cuevas de Chile. A continuación, y con motivo de "las basuras" que acaba de leer, comenta las noticias del día:

—Vea estos gringos que no se la puden en Vietnam... ¡Ojalá pueda vivir para poder presenciar la muerte total de este imperialismo sanguinario... (¿Usted leyó esto? (Se refiere al pacto ruso-mesoamericano de no proliferación de armamentos nucleares). Estos revisionistas amarillos y casallas ya no tienen vergüenza...

—Mire, usted, compañero... —Me hace leer el cable hasta el fin—. ¿Vio algo más abyecto? Nos dejan a merced de los paraguas rojos traidores de la revolución... —Su compañero de infortunio, derribado por las puntadas de su riñón ausente, jalea el rostro, lo cual quiere decir que se revuelve en su lecho. Evidentemente nunca oyó esa oratoria heterodoxa y poética.

"NEKUDA"

El poeta que recorrió todos los rincones de Chile y Latinoamérica vendiendo sus libros que llevaba en una pesada maleta, que fue recibido por presidentes y otras grandes personas, el amigo de Superón, Rivera y Cornejo, el que fuera calificado por el ensayista M. N. Maiz como "centro de tormenta de la poesía de América", en su libro "El Spanish American Poet", el que rechazara en Guatemala la invitación del dictador Ubico, el que cantara en todos los tonos a su amada la poetisa Winnet, el poeta gigantista creador del "barroco popular americano", el bardo de hallazgos y errores colosales, el comedor y bebedor pantagruélico que conoció más de una vez la muerte total con sus siete hijos a cuestas, el vate de tristezas y alegrías volcánicas, en fin, Pablo de Rokha, en el enfermo que aguarda largamente hospitalizado ser sometido a una dolorosísima operación a su prostata, azotada de "marcha anciana".

—¿Me pregunta usted si me llegó tardíamente el Premio Nacional de Literatura (1963)? En rigor, tenía setenta y un años. Aunque, en realidad, los premios jamás me interesaron. No soy como ese señor al que he debido aludir mucho en mi vida, quisiera decirle... —



Aquí estoy como un pobre diablo --, mejor, como un diablo pobre" [artículo] Patricio Orozco.

AUTORÍA

Orozco, Patricio

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Aquí estoy como un pobre diablo --, mejor, como un diablo pobre" [artículo] Patricio Orozco. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile